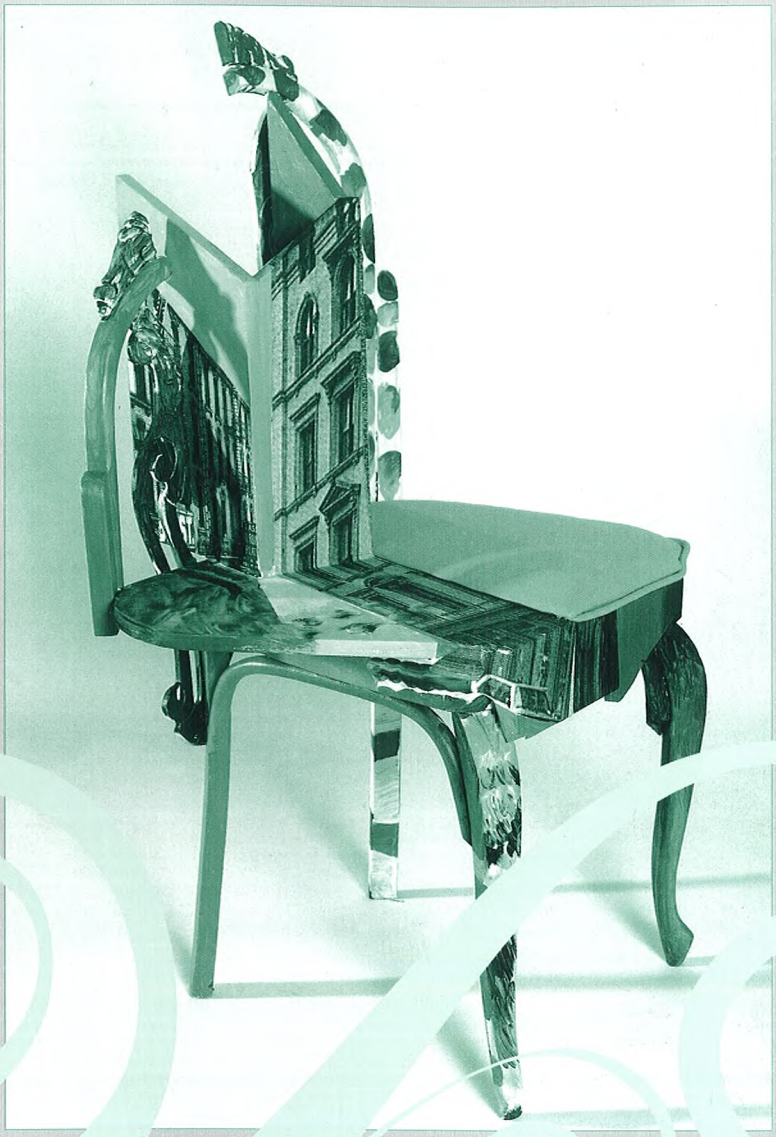
BUENOS AIRES 1950

* Blas Matamoro



Los lazos que vincularon las letras y el pensamiento producidos en Argentina y España, se vieron dificultados o rotos durante la inmediata posguerra civil española. Los partidarios de Franco, en aquellas tierras, declaradamente unos pocos, mantuvieron el contacto con la cultura oficial del régimen. Los demás, simpatizantes de las distintas fracciones republicanas, se relacionaron con la cuantiosa y calificada emigración de los exilados. A pesar de la represión en los medios y en la universidad desatada por el gobierno peronista, tanto el espectáculo como el periodismo y la industria editorial siguieron acogiendo su tarea.

Llama la atención de un lector argentino la literatura de memorias hecha por escritores españoles del cincuenta – Carlos Barral, José Manuel Caballero Bonald, Juan Goytisolo -- , la cual, unida en mi caso, con apuntes de José Ángel Valente y José María Castellet, así como conversaciones mantenidas con Luis Rosales y Antonio Lago Carballo acerca del mundillo intelectual madrileño de aquella época, llama aquella atención digo, la conjunción de intereses y tendencias que aparecen en los letrados de ambas orillas por comparables fechas.

Argentina vivía entonces un momento de prosperidad económica basado en las pingües diferencias del balance comercial habidas durante la guerra mundial, en tanto España racionaba sus consumos con una cartilla. Perón, acaso el único gobernante que puso en práctica la doctrina falangista a partir de la fórmula de la Tercera Posición, literalmente joseantoniana, dirigía una política de reparto de la renta, alto consumo y protección industrial, dando al Estado una parte importante de la industria, los servicios y el comercio exterior. La base de su sistema político era un pacto sindical-militar, corporativo de hecho, con un discurso populista y una administración autoritaria del Estado, represiva en lo

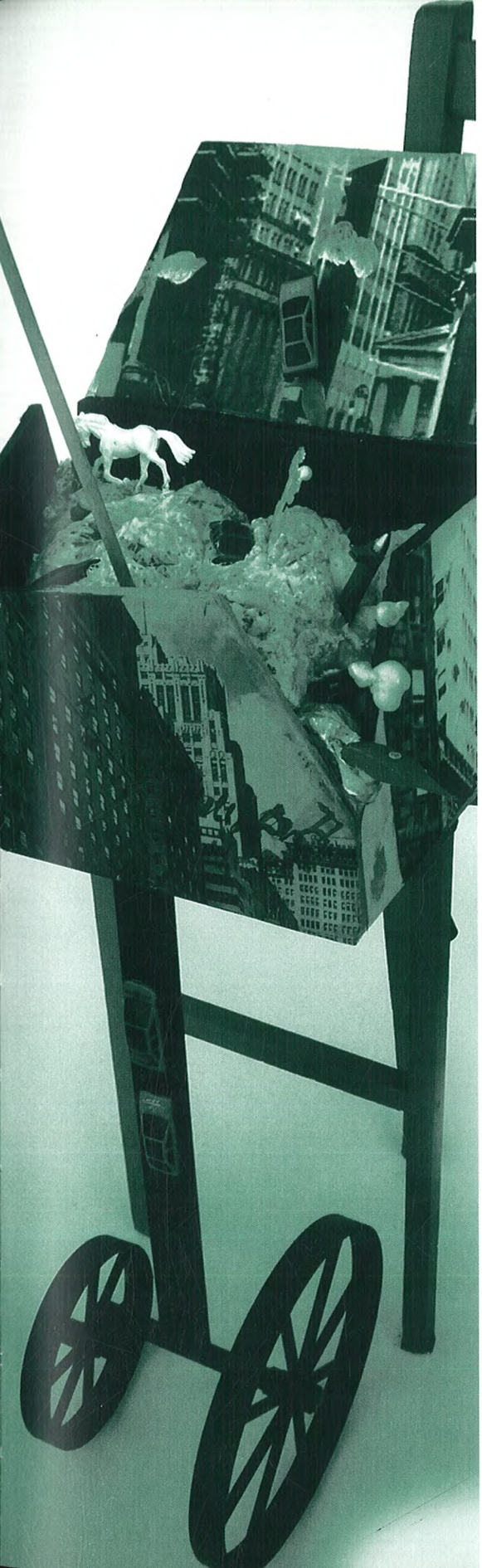
cultural. Especialistas del tema, entre ellos Pierre Milsza, lo definen como "fascismo de izquierdas", asimilándolo al dictador polaco mariscal Pilsudki. En 1950 la prosperidad empezó a declinar y el régimen comenzó un periodo de titubeo y parálisis que culminó en 1955 con un golpe de Estado militar que derrocó a Perón y lo envió a un ostracismo de 18 años, pasados, precisamente, en su mayor parte, en la España de Franco.

A pesar de las distancias, diferencias y debilidad de los contactos, ambas promociones de jóvenes escritores podían reconocer proveniencias comunes que causaban parecidos ideológicos. En la poesía argentina del 50, por ejemplo, es patente la presencia de un neorromanticismo deudor de Juan Ramón Jiménez, que adoctrinó y reunió a sus alevines de América durante un viaje de conferencias y encuentros. Baste recorrer las páginas de la revista emblemática, *Poesía Buenos Aires* y los libros de su también emblemático autor, Raúl Gustavo Aguirre.

En el orden filosófico, una impregnación existencial común es fácil de registrar. La herencia de Unamuno, su cristianismo heterodoxo, cultivado en la preguerra por José Bergamín y su revista *Cruz y Raya*, unido a la lectura de cierta izquierda católica francesa – la revista *Esprit* --, perduraba a través de la poesía de César Vallejo y la enseñanza de José Luis Aranguren. En Argentina había un espacio para el existencialismo cristiano, agustiniano o pascaliano en la obra de un curioso personaje, Hernán Benítez, un cura autor de un libro sobre el drama religioso de Unamuno y, a la vez, confesor de Evita Duarte.

La otra vertiente de la meditación existencial, la surgida de Martín Heidegger, contaba con un experto en España, Xavier Zubiri, y otro en Argentina, Carlos Astrada, que había asistido, en los años veinte, a cursos del maestro y de Husserl. Salidos de alguna rama de este árbol, los jóvenes podían encontrarse en los textos de Sartre, Merleau-Ponty, Simone de Beauvoir, Albert Camus y demás del equipo inicial de la revista *Les Temps Modernes*. Editoras argentinas publicaban sus traducciones y, aunque en España esta literatura padeciera censura, de tapadillo y por los viajeros o estudiantes que conocían París, llegaban a manos españolas con el seductor aroma de lo clandestino.

¿Y Ortega? La España de entonces era poco propicia a recoger sus ideas sobre la sociedad, la política y el Estado que, si bien relativizadas, exponía Torcuato Fernández Miranda en su cátedra de Oviedo. En la Argentina de los cincuenta tampoco se vindicaba ningún pensamiento liberal porque las derechas estaban enfeudadas en un anticomunismo paranoico y las izquierdas veían a Ortega como un conservador trasnochado. Sin embargo, en los jóvenes pensadores argentinos de entonces, el género ensayístico a la manera orteguiana, la crítica de la vida coti-



diana y las costumbres, la libertad de meditar y narrar, teorizar y describir, todo por junto, continuaba siendo aceptada, acaso porque la habían practicado escritores de mayor edad como Ezequiel Martínez Estrada y Eduardo Mallea, por no citar al Borges de *Otras inquisiciones* e *Historia de la eternidad*.

En 1953, un escritor salido de la revista *Sur* que había iniciado y dirigía Victoria Ocampo – bajo el patrocinio intelectual, entre otros, del mismo Ortega – fundó una revista de escasa duración – un número apenas – pero que abrió una brecha novedosa, la del periodismo generacional. Era Hector A. Murena con *Las ciento y una.* Inmediatamente tomaron el testigo varios amigos que frecuentaban las aulas de Filosofía y Letras y un par de cafés literarios cercanos, el *Coto* y el *Jockey*. De ellos, son conocidos en España, hoy, David Viñas – quien vivió años de exilio en Madrid, junto con otros coetáneos como Daniel Moyano y Antonio di Benedetto – y Juan José Sebreli. Libros suyos han conocido ediciones españolas y el segundo acaba de obtener, en 2009, el Premio Casa de América por su ensayo *Comediantes y mártires.* David, su hermano Ismael, Sebreli, Oscar Masotta – luego, en los años setenta, introductor del psicoanálisis lacaniano en España desde La Coruña y Barcelona --, León Rozitschner, Adelaida Gigli, Adolfo Prieto, Ramón Alcalde y otros, fundaron, de seguido, la revista *Contorno* que duró hasta 1956. Si bien minoritaria y de corta existencia, ha servido para dejar una marca intelectual y de época de primera importancia.

Ante todo, por el conocimiento directo y también por impregnación indirecta, de

la obra sartriana. Entre 1947 y 1949 se conocieron por traducciones porteñas *El existencialismo es un humanismo, La náusea, El ser y la nada* y el teatro de Sartre por entonces estrenado. Enseguida, Losada publicó *¿Qué es la literatura?*, un texto crucial para formar al intelectual comprometido que, partiendo de su individualidad incomparable y su libertad originaria, comprometía al mundo en su obra, situándose en la circunstancia histórica que le correspondía vivir. Una noción fuertemente social y, en consecuencia, política, de la tarea letrada, encontró en este libro su fundamentación filosófica.

Otra curiosa precedencia empujaba a aquellos muchachos hacia el mundo existencialista y eran las novelas del argentino Roberto Arlt, especialmente *Los siete locos*, con su repertorio dostoievskiano de "locos" atenazados por la angustia de la libertad en un mundo sin sentido y sin dioses, la gratuidad del mal y la tentación del delito mezclado con la insurrección, la afirmación heroica del individuo que sustituye el vacío cualitativo de la sociedad con un proyecto grandioso de subversión.

En la novelística de David Viñas se puede hallar esta preocupación constante por la vida de los conductores civiles y militares, los hombres que se identifican por la asunción de la violencia y la necesidad del sujeto de definirse políticamente y alinearse en organizaciones eficaces para poner en juego sus ideas: *Hombres de caballo, Los dueños de la tierra, Cuerpo a cuerpo, Jauría.*

En Sebreli, en cambio, domina el ensayo, encarado muy libremente, a veces mezclado con la crónica y el memorialismo. En el primer ramo se apuntan análisis de ideologías contemporáneas (*Tercer Mundo mito burgués, Los deseos imaginarios del peronismo, Crítica de las ideas políticas argentinas*). En el segundo, la sociología de la vida diaria y la rememoración epocal (*Buenos Aires vida cotidiana y alienación, Mar del Plata el ocio represivo, La era del fútbol, El tiempo de una vida*).

Arlt era un buen lector de Pío Baroja, en especial de sus ciclos sobre los bajos fondos madrileños (*La lucha por la vida*), los hombres del mar y los anarquistas románticos en la Comuna de París. Hay en Baroja, también, un elemento existencial que ve la vida como algo dado por una fuerza impersonal y desconocida, que nos impulsa a persistir en ella o a buscar una muerte plena de sentido, pero que no proviene del mundo histórico, normalmente aquejado de abulia y de inmovilidad, como les pasa asimismo a sus compañeros del 98. Me pregunto si Baroja, un escritor no bien visto por el régimen aunque aceptado como referencia magistral desde Ernest Hemingway hasta Camilo José Cela, era leído con atención por los jóvenes españoles del cincuenta. Al decir atención, desde luego, quiero decir provecho. También los errabundos barojianos sufren el mal del siglo, andan curio-

seando esos mundos de Dios sin Dios que los aquerencie en ninguna parte, son abundantes en el dolor de vivir sin dejarse llevar, aunque sí seducir, por trascendencias ni por misticismos, a veces buscan respuestas a sus borrosas preguntas en la precisión de la ciencia, sin hallarlas. Parece evidente que la más significativa narradora de la época en España, la Carmen Laforet de *Nada* y *La isla y los demonios*, acepte una medida de barojismo en tales libros.

La poesía española del cincuenta es, más allá del tópico de su carácter social, una poesía de la existencia. Es la palabra en busca del ser, un ser disperso entre los otros, en una sociedad igualmente despiezada y árida, entre cuyas grietas y rendijas se ve o se ilusiona ver, otro mundo, del que nada se sabe salvo que promete algo auténtico, quizá también verdadero. No es exactamente lo que hoy se denomina poesía de la experiencia porque ésta, aunque se reclame de algunos poetas del cincuenta como Ángel González o Caballero Bonald, es poesía de lo experimentado por un individuo, poesía de la memoria y el balance vital de una existencia singular, no de la condición general de lo existente. De nuevo: palabra en busca del ser, una búsqueda que en Valente tiene momentos de religiosidad y que, en los otros dos colegas, se decanta hacia el asombroso tejido de cosas y gentes que acostumbramos llamar mundo. Un mundo que merece la celebración del inicial Claudio Rodríguez, el de *Don de la ebriedad*, o se remonta a la memoria impersonal de una generación en José Hierro.

En ambas vertientes se puede hablar de una poesía preocupada por el afuera, por la realidad pero que, en los poetas citados del

cincuenta, lo primero que encuentra al salir de sí es el lenguaje. Ahí y no en otra parte, está la verdadera experiencia, esta vez sí, del poeta, que lo es de la poesía misma. Una deriva que en la poesía argentina aparecerá años más tarde, en la obra de la jovencísima Alejandra Pizarnik y en la "poesía vertical" de Roberto Juarroz, en la segunda mitad de los cincuenta.

Los tiempos fueron de intensidad política singular. Un mundo dividido, aparentemente, entre dos sistemas radicalmente distintos y alternativos – después se vio que no tanto --, el peligro constante de la destrucción atómica y el terror consiguiente – también se vio luego que no era tanto pero lo que importa es la vivencia – y un horizonte variopinto donde surgían los pueblos agrupados – por mejor decir: amontonados – del llamado Tercer Mundo. Pronto, este mundo tendría carteles singulares: Argelia, China, Vietnam, Cuba.

Otro punto notable en este orden es el paralelo desarrollo de las experiencias históricas, con los matices del caso, entre los ejemplares de ambas orillas atlánticas. En 1956, en la Argentina, la deriva política abre un ciclo inestable entre gobiernos militares y civiles. En *Contorno*, grupo escorado a la izquierda, hay una división. Los Viñas se marchan, junto con el PC prosoviético, en pos del candidato radical Arturo Frondizi, un desarrollista que gana las elecciones de 1958. Estamos a meses de que Ullastres y Navarro Rubio empiecen sus planes de estabilización y desarrollo, la segunda y final etapa del franquismo, poco anhelada por el dictador pero impuesta por la lógica de los hechos.

Aquí se sitúa un curioso paralelismo, más detallado y preciso. En la España de Franco, parte del falangismo doctrinario se manifestó, ya a fines de los cuarenta, contra el régimen. Ejemplo destacado, la carta de Dionisio Ridruejo al dictador. Un nacional-sindicalismo, de sesgo revolucionario a la manera fascista, cuestionaba a un gobierno de orden que había pactado con los poderes inmovilistas y tradicionales de la vieja España. La Falange era, quizá, el único espacio de pensamiento laico del régimen y, por ello, se creía con facultades para disentir, en contra del presunto carácter totalitario del franquismo.

En la Argentina, por caminos distintos pero no tan dispares, caído Perón aparece – en *Contorno* con Masotta y Sebreli – una suerte de izquierda peronista, antiimperialista, nacionalista y de un marxismo pasado por el Sartre en crisis que ansiaba conciliar el individualismo existencialista con el socialismo. Después todos coincidieron, en un periodo variable, con las grandes experiencias del socialismo autoritario, de la URSS a Cuba, pasando por China, Vietnam y Argelia, y dando por supuesto que se hablaba de lo mismo. También en su momento, la mayor parte de estos intelectuales hicieron la crítica de este socialismo verdadero

o aparente, y tomaron distintos caminos a partir de esa misma crítica. El espacio no da para mirar en detalle la interesantísima historia intelectual de nombres como Carlos Castilla del Pino y Manuel Sacristán. En la Argentina, aquella curiosa mezcolanza llamada "marxismo de Indias" fue suscrita por autores como el historiador Rodolfo Puiggrós, el filósofo político Jorge Abelardo Ramos y el crítico cultural Juan José Hernández Arregui.

En el caso de Sebreli, sobre una constancia de intereses por temas y personajes, la revisión del peronismo es evidente en el citado *Los deseos imaginarios del peronismo* y también, dentro de un contexto, en *Tercer Mundo mito burgués*. Respecto a la figura de Evita Duarte, el contraste se da entre *Eva Perón ¿aventurera o militante?* y el capítulo dedicado a la misma en *Comediantes y mártires*. La defensa de una cultura nacional frente a la agresión imperialista se torna defensa de valores universales vividos con elementos peculiares en distintos contextos de cultura. En cuanto a Sartre, sin dejar de admirar su altura intelectual, se revisaron sus grandes deficiencias. Nada sabía de economía, lo cual lo invalidaba como marxista; prescindía de datos empíricos y abusaba de abstracciones; vio una espléndida libertad de imprenta en la Unión Soviética y la China, sin saber ruso ni chino; aprobó en un veloz prólogo al colectivo Juan Hermanos, los atentados de la ETA; en otro prólogo, este a Franz Fanon, alentaba a la lucha contra el colonialismo por medio de la matanza de europeos. Al final, su mezcolanza de maoísmo y anarquismo, dos elementos escasamente compatibles, lo

empujó hacia una suerte de milenio con un líder redentor al frente de cataclismos sociales capaces de lavar las culpas de la historia.

Estas vueltas y revueltas llevaron a Masotta hacia el esotérico vocabulario de Lacan y a Viñas a aprobar los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York como una forma nueva de la lucha de clases, pidiendo absolución por los crímenes de las grandes revoluciones, a contar desde Robespierre. Los colegas españoles, en general, han sido más cautos y sensatos, acaso porque la evolución política de España ha seguido también vías de mayor sensatez y en la Argentina no ha habido un proceso similar que superase el bonapartismo apolítico y populista del peronismo.

En este sentido, la crítica de Sebreli también se dirige hacia el deslizamiento del marxismo, en el siglo XX, hacia el tercermundismo. En contra del internacionalismo laico de Marx, gran admirador de la avanzada del capitalismo industrial contra las sociedades atrasadas, que veía en la clase obrera de las ciudades al sujeto de la revolución socialista, el tercermundismo ha revindicado el alzamiento de las masas campesinas en los países atrasados con el fin de asaltar las ciudades donde la clase trabajadora ha sido corrompida por el consumismo y el sindicalismo burocrático. La lucha política se vuelve milicia, guerrilla y, finalmente, terrorismo. El Che Guevara sustituye a Marx por Blanqui. El antiimperialismo autoriza a defender las culturas ancestrales, las normas tradicionales de vida, incluso la visión religiosa de la política como en los países islámicos.

Como se puede ver, de un modo inopinado, hombres de letras que escribieron en la misma lengua, separados por circunstancias históricas distintas, cumplieron una tarea comparable aunque no confundible. La marcha general del tiempo acaba dibujando en la cara de todos nosotros algunos rasgos parecidos que, sin negar la individualidad de cada quien, nos convierten en eso que Ortega llama coetáneos. No basta con ser contemporáneos y coparticipar en las fechas del almanaque. Hace falta pertenecer a la misma época y ella no está en los números sino en los signos que los seres humanos dejamos a nuestro paso por el tiempo.